SECRETOS EN LA RETAGUARDIA
Xavier Ripoll

I

Los puestos de venta ambulante se prolongan a lo largo de toda la calle. Son modestos tenderetes frente a los cuales se para la gente, más para curiosear que para comprar, ya que son tiempos difíciles. La mercancía consiste en ropa barata, calzado, cinturones, libros y juguetes usados, gafas, abanicos, brochas y navajas de afeitar para caballeros, objetos de tocador… Aquí es donde se detiene Teresa. Le ha llamado la atención un espejito de mano con estuche y su coquetería le impulsa a abrirlo y mirarse. Hoy no le ha quedado muy bien la raya de los labios pintados. Le hace gracia el espejo y se lo compra. Reanuda la marcha. En una calle ha de sortear un saco terrero que se ha caído desde una ventana y se ha reventado; de sus entrañas ha salido arena que ahora inunda la acera. Es aquella arena fina como la de la Malvarrosa que tantas veces había pisado descalza cuando iba a la playa con su hermana los domingos. Ha sido uno de tantos sacos repletos que se pueden ver en muchos edificios para proteger la Valencia en guerra. Es curioso como la guerra puede llegar a redecorar una ciudad. Su fisonomía habitual es alterada de pronto por elementos extraños, más bien vulgares, que convierten calles y avenidas en paisajes que recuerdan obras en construcción.

Coge un tranvía y toma asiento junto a la ventana. Es primavera y el vestido con franjas verdes que lleva remarca sus 21 años. El corte de pelo estilo *garçon* –corto– le confiere seguridad y atrevimiento. Su rostro levemente alargado, con nariz afilada, es compensado por unos ojos grandes y expresivos que ahora atienden a la circulación rodada en la calle: coches, ambulancias, tranvías por la otra vía en dirección contraria con miradas perdidas que se cruzan con la suya, de gente quizá preocupada por algún familiar o amigo sirviendo en el frente. Miradas de incertidumbre, de temor o, simplemente, de conformidad ante lo que haya de venir. Vivir en tiempos de guerra es vivir el día a día; de nada sirven los proyectos porque quien manda es el destino.

Teresa sube a su casa, en el último piso del edificio Ultra. Es modesto pero dispone de una pequeña terraza con una mesilla y unos asientos de mimbre desde donde ve los tejados en pendiente de las viejas casas del barrio. Llaman a la puerta. Es extraño porque no esperaba a nadie. Abre. Es un señor de mediana edad, bien vestido y con buena apariencia.

–¿Teresa Sanz?

–Sí –contesta ella.

–Me llamo Luciano Marco. Soy un buen amigo de José Grau… –al principio ella no reconoce el nombre–, su amigo militar, falangista.

–¡Claro! –le responde, tranquilizándole.

–¿Puedo pasar? Seré breve –insiste el hombre.

–Por supuesto. Si dice que conoce a Pepe… Soy su amiga desde que éramos niños, pero desde que empezó la guerra no lo he vuelto a ver –dice, mientras lo hace pasar y cierra la puerta–. Acomódese.

–Quizás esté por Madrid…Mire, seré claro –empieza a decir el recién llegado; sabe que, para convencer a una jovencita, se tiene que combinar la amabilidad con la persuasión–. Sé que usted simpatiza con *nosotros*, con Falange.

Teresa se sonroja y se muestra visiblemente incómoda. ¿Es este hombre amigo de Pepe? ¿Y si se trata de una trampa?

–No padezca –dice él acertándole los pensamientos–. Soy de toda confianza. La organización necesita de patriotas anónimos como usted. Queremos que lleve unos papeles confidenciales a una *gente* en Barcelona y sé que usted conoce bien la ciudad y tiene familia allí.

–¿Qué gente? –pregunta Teresa.

–Eso ya se lo explicarán. ¿Verdad que hará este favor por Pepe..?
–¿Cómo podría negarme? –dice Teresa, siempre sonriente.
–Bien. Pues mañana por la mañana se dirigirá a la dirección que ahora le diré –concluye el hombre, feliz por su rápido éxito.

Teresa se apea del tranvía en la zona portuaria. Los charcos de la lluvia de la última madrugada reflejan una escuadrilla de cazas que se dirigen a Aragón. El ruido monótono de sus motores se mezcla con el de las sirenas de los buques, las grúas o las fábricas, formando una polifonía industrial que, sin embargo, no logra distraer la atención de Teresa, concentrada en una dirección memorizada. Cuando llega frente a la puerta de un viejo taller, comprueba que corresponde al número de calle que busca, mira a un lado y a otro, y golpea la puerta con los nudillos. Pasados unos segundos se oye un "¿Quién es?" desde el interior.
–"Los almendros florecen" –responde ella.
Por un instante nadie dice nada, hasta que un hombre abre la puerta y hace pasar a la chica, cerrando a continuación. El interior es húmedo y apenas está iluminado. El suelo es resbaladizo y pringoso debido a que en el taller se reparan vehículos. O lo hacen ver… El hombre acompaña a Teresa hasta la parte posterior del edificio. Abre una puerta e insta a la joven a entrar.
–Aquí está la chica. Sabía la contraseña.
–Bien. Pasa –le dice un hombre secamente–. Siéntate. Soy el comandante Barberá.
Teresa se sienta frente al hombre, un cincuentón vestido sencillamente y con una chaqueta de cuero. Tiene un expediente abierto sobre la mesa, iluminada tenuemente por una lamparita. El cuarto, sin ventanas, también huele a grasa y petróleo del taller. El hombre fuma un cigarrillo mientras repasa el documento. El humo ascendiendo cobra vida y adopta formas inverosímiles que se contagian del silencio reinante. Teresa recuerda la visita a un médico: el instante tenso en el cual está leyendo el resultado de las pruebas y está a punto de darte el diagnóstico.
–Estás en forma –suelta de repente el hombre.
–¿Cómo? –dice ella confundiéndolo por un momento con el médico.
–Que eres muy indicada para este servicio.
–¿Lo dicen esos papeles? –pregunta ella.
–Más o menos –responde el comandante–. Marco ya te explicó ayer de qué se trataba. Harás de enlace y llevarás unos papeles a una célula que opera en Barcelona. Si todo marcha bien, podrán salvarse muchas vidas de los *nuestros*. Ya te lo explicarán allí. Por ahora mejor que no sepas mucho más para no correr riesgos. Vivirás allí.
–¿En Barcelona? –pregunta sorprendida Teresa, pensando que sólo era un viaje de ida y vuelta.
–De momento, sí. Pero irás viniendo por aquí –dice el comandante en tono impositivo–. Allí te facilitarán dinero y alojamiento. ¿Entendido, jovencita? –concluye mientras se levanta para despedirla.
–No me ha preguntado si me interesa el encargo –se queja ella.
–En la España nacional no se pregunta, se ordena –puntualiza el comandante.
Cuando abandona el lugar, anda apresuradamente huyendo de su propio miedo, un sudor frío le recorre la espalda y las manos le tiemblan un poco. Todo ello porque no sabe exactamente en qué lío se ha metido. Una cosa es ser simpatizante de unas ideas, pero otra cosa es jugársela. Su madre siempre se lo ha advertido: "Xiqueta: vols córrer massa". Pero ahora ya está atrapada. Tendrá que despedirse de sus padres y de su hermana; les dirá que va a Barcelona a pasar unos días con sus tíos y sus primos. ¡Vaya!

Se le acaba de escapar el tranvía de vuelta. No importa, volverá andando, le ayudará a despejarse.

Dos calles más arriba, Teresa nota la presencia de un coche que circula lentamente detrás suyo. Desde la acera, lo observa de reojo. Está pintado de negro y lleva a dos hombres con gorrito y correaje cruzado. Seguro que la han visto salir del taller y la siguen. O quizás ya sabían lo de su cita clandestina y la estaban esperando. Empieza a sudar y su corazón palpita aceleradamente. La detendrán y vete a saber lo qué le harán. Más de uno ha aparecido muerto en alguna cuneta.

–¡Teresa! ¡Qué prisas son esas! –oye decir a uno de los del auto.

La voz le es familiar. Se para y ve que del coche, que también se ha detenido, desciende un miliciano. ¡Es Salvador, su hermanastro, capitán de aviación y libertario! Ironías de familia. Por supuesto Salvador no sabe con quién simpatiza ella realmente.

–¡Salvador! –se besan–. Te creía en el frente.

–Mañana marcho a Aragón con la Columna de Hierro –la mira y sonríe–. Estás muy guapa.

–Gracias, Salvador –le contesta. Su hermanastro siempre le ha parecido cariñoso y decidido; lástima de sus *ideas avanzadas*. Observa que sus ojos brillan cuando habla de su próxima marcha al frente. Siempre brillan los ojos de los idealistas, de los héroes. Y más cuando se es joven. Se despiden y se abrazan. Es curiosa esta guerra en la que los hermanos se abrazan y a la vez luchan en campos contrarios.

En estos tiempos, el trasiego de gente y de bultos en las estaciones de ferrocarriles es mucho más elevado de lo habitual. Y la Valencia de 1937 no es la excepción. Las naranjas de cerámica que decoran los capiteles de las columnas del vestíbulo de la estación contrastan irónicamente con la escasez de alimentos en la población debido al conflicto, incluso con el drama cotidiano de la gente que llega o se marcha, víctima de la situación. Militares y civiles constituyen el paisaje humano del exterior y del interior de la estación, complementado por infinidad de equipajes, armas, bultos y más bultos. Humo y silbidos de las locomotoras, gente corriendo, ferroviarios engrasando, banderas republicanas… Todo recuerda a alguna vieja película. Quizás entre los presentes esté un joven Gary Cooper con uniforme americano combatiendo en la guerra europea o una misteriosa Marlene Dietrich tomando un expreso a Shanghai. Pero no es una ficción lo que se está desarrollando en la estación. O en todo caso es como las ficciones de la gran pantalla que un buen día llegan a hacerse realidad. Cuando piensas que todo aquello que ves en las películas ha sucedido en otros tiempos y en otros lugares, que nunca te tocará… Y te toca. Las mismas imágenes de ficción –o reales, en los noticiarios– de campos de batalla, pueblos destruidos, gente huyendo, héroes y canallas, lealtad y traición, pasiones desatadas, amores en mal momento… hechas realidad, aquí y ahora, en Valencia, en la España enfrentada.

Y Teresa inmersa en el argumento de esta película, demasiado auténtica. Con su maleta y su paso firme, sube al tren que la conducirá a Barcelona. Durante el trayecto su mirada se pierde en los naranjos que aparecen y desaparecen a través de la ventanilla; la luz, a primera hora de esta mañana primaveral, ilumina sus copas ofreciendo el espectáculo de una marea verde brillante. Los rayos solares atraviesan sus hojas y chocan contra la tierra de los huertos, encharcada por la lluvia que esta madrugada ha sorprendido el Levante. Cada vez que el tren se detiene en una estación, por la ventanilla entreabierta se cuela el olor del azahar y Teresa regresa por un momento a su infancia, corriendo con su hermana pequeña por la huerta, en compañía de sus padres –liberal él, beata ella–, días felices aquellos. No lo serán tanto para los niños de esta guerra.

El viaje durará más de lo previsto. Los convoyes militares tienen preferencia y los expresos de viajeros permanecen largo tiempo detenidos en las principales estaciones. Teresa ha colocado la maleta en su sitio habitual. Como lleva los *papeles* dentro, al subir primero pensó en ponerla debajo del asiento pero esto podría despertar sospechas de la policía. Así que la ha metido arriba como todo el mundo. A mayor naturalidad, mejor. Cada vez que un uniforme cruza el pasillo, se le encoge el corazón. "Mira que si ahora se fijan en mí… o alguien ha dado un chivatazo…", piensa. Pero, no. Todo bien.

II

En la estación de Barcelona se repite la misma escena de trasiego humano y de mercancías. Banderas republicanas, catalanas y de diversas organizaciones políticas y sindicales colocadas encima de distintas puertas marcan su territorio, mientras mujeres vestidas precariamente intentan malvender cualquier cosa que masticar.

Teresa toma un tranvía que la deja cerca de la dirección que le dieron. Se trata de un edificio del Ensanche barcelonés, sector de la ciudad donde se esconden las Marionas Rebulls, que evitan topar con las *hordas* revolucionarias, según lo ven las capas acomodadas. En la vida se toma partido por un bando u otro según como esté de lleno el billetero. Sube al piso indicado y llama. Pasa un rato. De pronto nota que la están observando por la mirilla; se oye una voz femenina:

–¿Qué ocurre con los almendros esta primavera? –pregunta la voz.

Teresa no sabe a qué viene esta pregunta hasta que se da cuenta de que se trata de la contraseña utilizada en Valencia.

–…Que florecen –responde ella sin vacilar.

La puerta se abre y una mujer de mediana edad le dedica una fugaz sonrisa de bienvenida.

–Pasa –le dice.

El interior está limpio y ordenado, con algún que otro jarrón decorando el vestíbulo, como está mandado. Por un momento se sobresalta al ver sobre una mesita una medalla con una cinta con la bandera tricolor, lo cual no se le escapa a la otra mujer:

–Es para despistar –aclara la mujer–. Los *rojos* utilizan hasta los cobradores de la luz como espías.

Por un momento, Teresa piensa en qué son ellos, entonces. Extraño poder el de las palabras, que adoptan un significado u otro según quien las usa. La hace pasar a un despacho donde la recibe un hombre trajeado. Detrás de la mesa de trabajo hay una estantería repleta de libros de leyes.

–Soy el comandante Cielsa. ¿Qué tal el viaje, Teresa? –le pregunta.

–Bien, gracias –responde ella aún cohibida.

–¿Has traído los *papeles*? –se interesa él de inmediato–. Siéntate.

–Lo que me dieron –le contesta alargándole un sobre.

El hombre lo abre y lee el contenido. Mientras lo hace su semblante adopta una imagen pétrea.

–¡Bien! Esto ayudará a salvar a mucha gente –añade él recuperando su sobria sonrisa–.

–¡No sabía que llevara en mi poder una información tan importante! –exclama Teresa.

–Pues sí. Ayudará a sacar a patriotas de esta región y conducirlos a Panamá y a otros países *amigos*.

–¿Es a eso a lo que se dedican? –pregunta Teresa.

–A eso y a otras actividades en la retaguardia en contra de los *rojos*. Somos bastante gente comprometida con el Alzamiento: falangistas, tradicionalistas…, incluso antiguos

miembros del somatent, que buscamos refugios para los afectos al bando nacional y les ayudamos a salir al extranjero.

–¿Y yo qué he de hacer?

El hombre mira a la impaciente jovencita. Unos enormes botones abrochan la blusa de Teresa; viste una chaqueta parecida a las americanas de entretiempo que, juntamente con su pelo a lo chico, le dan un cierto aire viril. Su mirada profunda inspira confianza.

–Periódicamente harás de enlace –puntualiza el hombre–. Llevarás y traerás documentos como esos, informarás sobre cualquier actividad… Ya sé que en Valencia eras empleada del Ministerio de Trabajo, pero aquí te hemos buscado un trabajo de telefonista en la central de la calle Fontanella; nos conviene más. Vivirás en un piso compartido en el barrio del Guinardó, con dos mujeres de confianza, mayores que tú. Los contactos los realizarás con ciertos camaradas que en su momento se darán a conocer. Hasta entonces, haz vida normal.

El piso está en un edificio de pocas plantas, cuesta arriba, junto a una arboleda. Es modesto pero confortable y cuenta con una habitación para ella sola. Sus compañeras de piso –Paqui y María, hermanas– son afables; le confían que esconden una imagen religiosa dentro de un fogón que no hacen servir. También ayudan en las tareas de información: por ejemplo, se van al puerto y observan las entradas y salidas de barcos mercantes, su procedencia, qué descargan… El padre de ambas es un industrial que tuvo que pasar la frontera gala huyendo de las persecuciones en los primeros días de la revolución; según parece, no era demasiado espléndido pagando a sus trabajadores y se la tenían jurada.

A última hora de la tarde toma un tranvía en dirección a una barriada costera donde viven sus tíos, valencianos, que residen en la ciudad condal desde muy jóvenes. Ya ha oscurecido. El tranvía pasa junto a unas grandes herrerías por cuyo techo se escapa el resplandor amarillento de la fundición, mientras una nube de humo envuelve las calles creando una falsa niebla. Cuando de pequeña la llevaban sus padres a visitar a los tíos, creía que la fábrica se trataba del infierno del que le hablaba su madre: humo, fuego…, donde ardían eternamente las almas pecadoras. Entonces aún no sabía que quienes se consumían allí eran hombres y mujeres tras un agotador trabajo.

La alegría de los tíos al verla de nuevo es del todo sincera. Teresa besa a sus primos. El mayor es muy estudioso y Teresa le promete que "cuando ganen la guerra *los míos*, te ayudaré para que puedas estudiar lo que te haga ilusión". El tío, de mediana edad, sabe que las simpatías políticas de su sobrina no son las mismas que las suyas: él, como tantos obreros del momento, confió su voto a Esquerra Republicana, incluso a pesar de estar afiliados a la CNT. El tío comparte el sentir de la mayoría de los trabajadores –incluso de las capas populares– a favor de las organizaciones progresistas, pero alejado de cualquier extremismo o fanatismo. Sin embargo, nunca delataría a Teresa; ante todo, es su sobrina.

–Tía, ¿el tío es rojo o blanco? –le pregunta Teresa, ante lo que la tía le contesta con un "Ché, xica, y yo qué sé", haciéndose la despistada.

A los pocos días de su llegada, suena el timbre de la puerta del piso y una de las hermanas observa primero por la mirilla. Abre la puerta, y seguidamente entra una pareja. Él, de unos 30 años, alto y apuesto, discretamente trajeado, no sea que algún miliciano lo tache de *burgués*; ella, de unos 25 años, morena y agraciada. En el saloncito les espera Teresa: un pequeño cuarto de estar amueblado a la antigua, con sus eternos objetos de decoración de plata y un cuadro de estilo paisajístico; casualmente, un haz de luz solar procedente del exterior se refleja en él dándole un falso realismo.

–Marcos Sierra, de Falange –se presenta estrechándole la mano a Teresa–. Responsable de información en este sector de la ciudad. Ella es Alicia, mi hermana.

–Hola –se besan en las mejillas.

Marcos se interesa por la estancia de Teresa durante estos días en la ciudad. Pasados unos minutos, enciende un cigarrillo y va al grano.

–Bien, Teresa. El comandante Cielsa ya te debió explicar en qué nos puedes ayudar. Harás de enlace para pasar documentos.

–También me habló de un trabajo…–se adelanta Teresa.

–De telefonista. Ahora es un buen momento para colarte en la central porque los enfrentamientos entre los diversos sectores de los *rojos* que tuvieron lugar en mayo hace que estén muy ocupados en perseguirse y depurarse. Su confusión será nuestro amparo para poder trabajar. Pero lo que nos interesa es que desde allí tengas pinchados a los de Capitanía y nos informes acerca de sus movimientos. Empezarás mañana mismo. Siempre que quieras contactar con nosotros no lo hagas directamente sino a través de Paqui y María.

Teresa nota los ojos de los presentes fijos en ella. Se le acabó la vida de asueto. A partir de ahora su responsabilidad será mayor y deberá velar por su propia seguridad. Ha pasado de joven a mujer en cosa de semanas. ¡Cómo las gasta la vida! Sólo hace un año pensando en modelitos y posibles novios, y ahora… Maduras al galope. El problema es que se desboque el caballo…

La centralita de teléfonos parece un enjambre de cables. Las abejas obreras hablan y mueven las clavijas sin parar mientras unos operarios están cambiando los cristales rotos a tiro limpio durante los enfrentamientos. Una guerra civil dentro de otra guerra civil. A Teresa no le ha costado mucho aprender las cuatro cosas para hacer de operadora; de aquí a unos días, y sutilmente, ya se enterará de cómo poder escuchar a los de Capitanía y a otros organismos de mando. Poco a poco, porque un paso en falso… Hoy es 29 de mayo. Su compañera de al lado se llama Aurora, una rubia simpática algo mayor que ella que domina el oficio como nadie. De mirada luminosa viste de modo sencillo pero alegre. Aprovechando una pausa en las llamadas le dice a Teresa:

–Parece que con los sucesos de primeros de mes está nervioso el personal. No paran de cruzarse llamadas entre los sindicatos y algunas comisarías. ¡Qué contentos deben estar los facciosos al ver nuestras diferencias!

Teresa intenta disimular su satisfacción mediante una mueca. Terminan su turno de trabajo y ambas mujeres se preparan para salir. Desde una de las ventanas de la parte superior del edificio de la Telefónica, que hace chaflán, se despliega ante Teresa la Plaza de Cataluña. Ya ha pasado el hedor a quemado de los mulos y caballos en estado de putrefacción, muertos durante los enfrentamientos del alzamiento militar. Al otro lado de la plaza, unos grandes carteles con las efigies de Lenin y Stalin cuelgan en la fachada del Hotel Colón, incautado y convertido en la sede del PSUC. En los bajos, aún persisten sus antiguos toldos enrollados indicando sus servicios como hotel, restaurante y brasserie. ¡Como en Rusia tras la Revolución–piensa Teresa–, palacios convertidos en sitios vulgares por aquellos bárbaros asiáticos!

Ya en la calle, Aurora insiste en que Teresa vea el local donde ella aprendió muchas cosas desde pequeña y casi la arrastra por el brazo para que la acompañe. Aurora es así de persistente y a Teresa no le queda más remedio que ceder, a pesar de que quería pasarse por los Almacenes Alemanes, ahora colectivizados, para comprarse unas cosillas. En dirección al casco antiguo cruzan por la Plaza de la República; frente al Ayuntamiento aún queda un trozo de pavimento sin adoquines arrancados para levantar

barricadas durante las luchas de mayo. Lo mismo ocurre en la Plaza del Teatro, en las Ramblas. Muchas paredes están repletas de carteles de los diferentes partidos; los que están a medio arrancar deben ser de los perdedores, los que pararon el primer golpe de la rebelión militar y que ahora son perseguidos por sus colegas de armas, que no de ideas.

Aurora se mete por una calle no muy ancha hasta llegar frente a un portal de un edificio con grandes balcones en el piso superior. Golpea el picaporte y espera. Se entreabre la puerta y un joven sonríe al reconocerla:

–Pasa Aurora.

–Ahora estamos mal vistos por los amigos de Moscú –le aclara Aurora a Teresa– y hemos de tomar precauciones.

Entran y suben al primer piso. Las paredes de la escalera están decoradas con carteles de propaganda de guerra libertarios. La humedad y los años del edificio han dejado su huella en alguna de las paredes. La planta superior está dividida en una serie de habitaciones destinadas a distintos usos.

–Este es nuestro ateneo –explica Aurora– y por él hemos pasado un par de generaciones para aprender todo aquello que no se nos explicaba en la escuela. Mis padres estuvieron aquí de niños, después yo y mis hermanos. Muchos obreros y obreras venían por la noche, después del trabajo, a aprender la letra. Aquí se ha hecho teatro de aficionados, se han dado charlas sobre cosas prácticas para la vida cotidiana, salud, sexualidad, alimentación, ciencia…, organizado salidas… Y nuestro rincón más apreciado –se dirige a una de las estancias y la abre–: la biblioteca.

El interior consta de varias mesas alargadas y sillas, rodeadas de estanterías acristaladas sujetas en las paredes. Los libros abarcan distintos géneros aunque abunda la literatura y los temas sociales. Poesía de Maragall, las obras de la Escuela Moderna de Ferrer i Guardia…

–Desde esta entidad siempre se ha perseguido que los trabajadores dejaran de ser analfabetos y no se emborracharan; que no solamente lucharan por alcanzar la justicia social sino también por el conocimiento de las cosas, que los hará libres. Porque una cosa sin la otra no sirve para nada. Un obrero que fuera rico en bienes materiales pero pobre en cultura sería un necio.

Teresa la escucha con atención, sorprendida por cómo discurre su compañera. En el fondo, está de acuerdo con ella y no entiende qué diferencias las separan, puesto que *los enemigos* lo único que persiguen es la justicia. Pero, ¡calla!, sí que hay una diferencia, y muy importante, y es que *los rojos* esos son unos descreídos. Y eso sí que ella no… Sus pensamientos los interrumpe el ruido de una sirena que da la alarma de bombardeo. Teresa se inquieta.

–No te preocupes. Suelen tirar sobre el puerto. Aquí no creo… ¡Vamos, Teresa! Te invito a comer algo en la taberna de la esquina.

Buena chica esa Aurora. Abierta y generosa. Lástima que sea de *ésos*… Cerca del ateneo hay una tasca con unas pocas mesas de mármol blanco y un mostrador idéntico donde se alinean jarras de vino peleón y moscas sobrevolando un trozo de chorizo no menos peleón. El espejo tras el mostrador refleja los viejos y grasientos carteles taurinos o de artistas zarzueleros de las paredes. Las dos mujeres se sientan junto a la única ventana que da a la calle por donde transcurre aquella gente que no ha querido ir al refugio: porque no hay en la zona y el más cercano queda lejos, porque no les gustan los refugios, porque sienten pánico allí abajo, porque no les da la gana que otros se aprovechen de la situación y entren en sus casas a robarles… Piden una limonada.

–¿Tienes novio, Teresa?

A Teresa la coge por sorpresa la curiosidad sentimental de Aurora. Casi se sonroja, pero sonríe ante la pregunta y contesta con franqueza:

–No.

–Pues ya te toca, hija –le recrimina Aurora con desparpajo.

–No tengo prisa –se defiende Teresa mientras bebe limonada.

–Tú quizás no. Pero la vida no espera –puntualiza Aurora–. El tiempo es como un abrir y cerrar de ojos. Podrías venir…

Aurora no puede terminar la frase. Una explosión sacude el local y los cristales de las ventanas y del espejo se hacen añicos. Se oyen gritos. Por acto reflejo, la gente se ha agachado. Una gran polvareda viaja calle arriba.

–Lo siento, Teresa. No me esperaba que por aquí… –se excusa Aurora cuyo semblante alegre ha desaparecido y se nota un temor visible.

–No padezcas –le responde Teresa para tranquilizarla.

Aurora deja unas monedas y salen. A unos cien metros se adivinan los escombros más cercanos mientras una nube de polvo sigue flotando en el ambiente. Ellas se acercan hasta el edificio siniestrado. La fachada se ha desplomado hasta alcanzar la calle. Sólo queda en pie alguna habitación de uno de los pisos inferiores, que descubre sus entrañas: una cama y un armario. La intimidad no existe para las bombas. Los gritos persisten; pero ahora no son de sorpresa, son de dolor, de desesperación. Una madre angustiada busca a su hijo: *Fill, fill, on ets?* Lo había dejado un momento solo para bajar a por harina.

–¡Hijos de puta! –escupe Aurora con rabia.

A Teresa no le queda más remedio que morderse la lengua.

Pero las bombas de la aviación fascista no saben de madres o hijos, de víctimas inocentes o de sentimientos. Esta no es una guerra de conquista solamente, es una guerra de aniquilación.

III

En verano, Teresa compaginó su trabajo de informadora en la central telefónica con algunos viajes a Valencia y Madrid para hacer de enlace y proporcionar documentos a sus superiores en Barcelona. Se asustó cuando leyó algún titular de prensa que decía: "¡Hay que ser implacables con los traidores y los espías!"

Septiembre ha sido malo para los quintacolumnistas: en Valencia desarticularon un grupo y, en Barcelona, en el apeadero de la calle de Aragón fueron detenidos dos miembros cuando iban a depositar sobres con propaganda. El local de Radio Nacional y Extranjera había sido vigilado por la policía ya que se sospechaba que se reunían desafectos; al detenerlos descubrieron que habían estado facilitando certificados de trabajo a elementos facciosos. Una veintena de estos certificados, a nombre de la citada radio, los habían obtenido del Departamento de Trabajo y Obras Públicas de la Generalitat. También repartían por correo interior proclamas y propaganda. Por todo ello, a finales de mes se constituía un tribunal contra el espionaje.

Ante los acontecimientos, el comandante Cielsa, responsable de operaciones de la zona, ha decidido convocar a su gente con el fin de coordinar mejor las acciones. Para alejar sospechas, se han reunido en una casa de campo en las afueras de la ciudad.

Otoño se insinúa en las hojas de los árboles que van mudando su color y que alfombran los caminos de los bosques; parajes que encierran secretos, como los de un grupo de gente congregada alrededor de una mesa oyendo intrigar a su jefe.

–Ya sabéis que, desde este verano, los Servicios de Información del Nordeste de España funcionan desde Irun. Ellos son quienes organizan nuestras redes y reclutan a

los patriotas que tanto y tan bien han actuado –enfatiza Cielsa–. Con todo, a pesar de todos los cuidados desplegados ya hemos perdido a bastantes miembros: en enero cayeron once, cuatro de las cuales fueron pasados por las armas; en marzo, catorce falangistas; y ahora, en septiembre, el grupo "Radio Nacional y Extranjera". Sin duda, nuestra labor ha recibido un duro golpe desde que llegó a Barcelona el Servicio de Investigación Militar de los *rojos*, por lo que hemos de estar más en alerta que nunca.

El balance de la situación y la toma de precauciones ha dado paso a un frugal almuerzo en el cual la distensión ha sustituido a la tensa atmósfera de la reunión. Entre los presentes también se encuentra Marcos, su hermana y una joven, Margarita, de Falange, que no deja de hablar y sonreírle a Marcos. Sin embargo éste se ha fijado en Teresa, le atrae su misteriosa discreción, también sus ojos. Pero Margarita puede más; su simpatía y locuacidad no permiten que Marcos se distraiga. En realidad está enamorada de él en secreto. Todo es secreto en esta época, incluso el amor.

Teresa lleva mucho rato haciendo cola por el pan. ¡Y con este frío de noviembre…! En septiembre se produjo en Barcelona un asalto de panaderías protagonizado por mujeres y niños asustados por el rumor de que se acabaría el suministro de pan. Un policía resultó muerto y las autoridades atribuyeron el motín a agentes falangistas quienes, mezclados entre la gente, habrían destrozado los hornos e inutilizado la levadura con el objetivo de crear descontento entre la población. Y ahora las cosas se han endurecido. También en lo que respecta a la obtención de otros alimentos y productos de necesidad, e incluso en el desplazamiento en transporte público. Desde septiembre, la falta de gasolina llevó a la Generalitat a suprimir los servicios de taxis y autobuses urbanos, y a la reducción de los de línea. Los tranvías pasaron a ser los transportes más usados y Teresa los coge cada día para ir al trabajo.

Desde su puesto de trabajo y secretamente, alternando con las llamadas habituales sigue con sus *escuchas* telefónicas por si intercepta algo que pueda ser de utilidad para poder sabotear a los enemigos. Ahora nada ha llamado su atención excepto hoy al mediodía cuando pinchando al azar en la línea de Capitanía oye a un mando ordenando a su interlocutor el envío de una columna de blindados a Aragón. Su compañera Aurora está ocupada atendiendo llamadas y Teresa se entretiene discretamente en la escucha ilegal. Tratándose de blindados podría ser importante.

Al terminar la jornada vuelve a casa apresuradamente y les cuenta el contenido de la escucha a las dos mujeres del piso, que se lo comunicarán a Marcos y éste, a su vez, al comandante Cielsa quien, desde un aparato de radiotransmisión oculto en algún sótano, alertará al mando nacional en Mallorca para que envíen aviones con los que bombardear la columna de blindados. Se cierra un ciclo y vuelta a empezar.

El resultado de la operación ha sido el esperado y se ha frustrado que los refuerzos blindados alcanzaran su objetivo. Teresa empieza a ser apreciada por sus superiores, hasta el punto de que este sábado por la tarde Cielsa la ha invitado a una merienda en la que también asisten Marcos, Margarita y otras personas. La tapadera es una peña taurina cuyo local social está cerca del Paralelo. Una sala empapelada con carteles de novilladas en donde se respira charanga y pandereta. Para que no les vean han entornado los postigos de los ventanales y cerrado la puerta que da a las otras dependencias. Cuando llega Teresa, Marcos se le acerca para saludarla y felicitarla.

–¡Buen oído, Teresa! Tus escuchas han ayudado mucho a la causa –le dijo sonriendo.

–Gracias, Marcos, pero sólo cumplí con lo que me confiaron.

–No seas tan modesta y ven a tomar un chocolate caliente –le añade mientras la acompaña hasta una mesa llena de bandejas con bizcochos y jarras de chocolate.

Marcos y Teresa se unen en una agradable charla en la que sus polos de atracción van en aumento. Los irresistibles ojos de la joven seducen a Marcos quien siente curiosidad por la personalidad de Teresa. No se le escapa su modo de mover los labios, su conversación.

Tampoco se le escapa a Margarita que acaba de irrumpir en la sala y descubre a la pareja en actitud afectuosa. Ella que venía con ansias de ver a Marcos, de que la invitara mañana domingo a salir…, se le borra la sonrisa de la cara al descubrir la escena. Cielsa se ha dado cuenta y se le acerca.

–Caramba, Margarita –le suelta irónico–. Parece ser que hoy se te han adelantado.

Algunos de los presentes que estaban charlando con Cielsa lo han oído y se ríen de la ocurrencia. Pero a Margarita no le ha hecho gracia alguna. Al contrario, se siente molesta, interiormente enfurecida, la mente se le obnubila un instante… De pronto siente odio por Marcos, por Teresa en especial, por Cielsa, por todos los presentes que se han reído… Marcos y Teresa advierten por fin su presencia y van a su encuentro con la mejor de sus sonrisas, pero Margarita disimula su malestar.

–Creía que ya no venías –le dice él.

–¿Te hubiera importado mucho? –le pregunta Margarita agriamente.

–Mujer… –le responde él confundido.

–Marcos ha sido muy amable y me ha invitado a salir con él mañana –añade Teresa.

La frase le hiere el corazón a Margarita que sólo saber responder:

–¡Qué bien!

La pareja se pone a hablar de otros temas pero ella tiene obturada la mente y sólo aparenta seguir la conversación con la mejor de sus sonrisas falsas. Cuando ve que la gente se acerca de nuevo a la mesa para coger más bizcochos, aprovecha para deslizarse hacia la puerta y marcharse.

Con paso firme toma una calle que desemboca en las Ramblas. La gente tiene que esquivarla sino quiere ser arrollada por su andar firme. Su rostro, compungido al principio, se está volviendo abrupto como un acantilado castigado por la erosión del viento y de las olas. Se siente defraudada por él. ¿Por qué tenía que interponerse la chica ésta? ¡Maldita sea!

No se lo piensa más. Atraviesa el portal con la bandera desplegada en el balcón de arriba y entra en comisaría.

IV

Teresa se ha tomado el Quintonine, un reconstituyente curalotodo; últimamente se sentía débil y este vino tónico parece ser que va bien para el cuerpo. Está acabando de lavar las tazas del desayuno. El agua está fría y se apresura en hacerlo. Las dos hermanas están haciendo las camas. Hoy es domingo e irán a dar un paseo por los alrededores.

Suena el timbre de la puerta. Una de ellas va a abrir. De pronto se oye revuelo y las voces de unos hombres. ¿Qué pasará, se pregunta Teresa? Se dispone a salir de la cocina pero se le adelanta un hombre con gabardina y un brazalete que la empuja de nuevo hacia el interior.

–¡Policía política! –le grita él.

Teresa se queda lívida, paralizada, el frío le corre por el espinazo. No había imaginado que le pudiera pasar esto. Tenía la esperanza de que vería entrar victoriosos a los *suyos*. En fracciones de segundo se preocupó por las consecuencias de la detención: ¿dónde la llevarían?, ¿qué le pasaría?, ¡ay sus padres cuando se enteraran, se les quebraría el corazón!

–¿Qué ocurre? –pregunta Teresa por preguntar, ya que quien sabe que ha hecho algo no deseado por los otros no se exaspera cuando se le descubre.

–¡Ya se lo explicarán en Jefatura! ¡Al coche! –le ordena bruscamente el agente.

Salen de la cocina y en el recibidor ya les están esperando las otras dos mujeres con más policías de paisano. Bajan las escaleras sin sentir las piernas. En la calle, dos coches grandes, negros. Los vecinos se han asomado a los balcones a pesar del frío de primeros de diciembre y se preguntan con la mirada qué pueden haber hecho aquellas tranquilas mujeres. Las reparten entre los dos autos y se ponen en marcha. Teresa, con el corazón encogido, ve desfilar muda las calles grises y con signos de guerra detrás de la ventanilla. Es domingo por la mañana, todo está cerrado y hay poca gente en la calle. Y como estos ateos no van a misa… Es curiosa la sensación: ayer mismo, es decir hace unas horas, ella era libre y se encontraba en la situación de quienes están paseando. Ahora ya no es así para ella, quizá no lo sea nunca más. ¡Qué giros da la vida! De ave libre a enjaulada. Ya no es un ciudadano cualquiera inmerso en su existir cotidiano, que despreocupado deambula por las calles y se acerca hasta el mar a respirar la brisa salada mientras el viento golpea suavemente sus mejillas. De pronto se ha convertido en otro *yo*, privado de libertad, ajeno al mundo habitual.

Los coches aparcan frente a una puerta lateral de la Comisaría General de Seguridad y los agentes no se lo han pensado dos veces a la hora de empujar a las detenidas fuera de los vehículos para conducirlas al interior de las dependencias, de paredes grises y húmedas, y con un globo de cristal colgando del techo que da una luz mortecina. Les ordenan que se sienten en un banco de madera, que ya les llamarán.

Teresa es la primera. La hacen pasar a un despacho iluminado solamente con una lámpara de escritorio tras el cual un hombre, no precisamente afable, ni siquiera levanta la vista del papel en el que está escribiendo para preguntarle su nombre. Teresa responde con un nudo en la garganta.

–El Cuerpo de Investigación y Vigilancia y los Guardias de Seguridad te han detenido acusada de ser un elemento derrotista de la retaguardia. Una denuncia contra ti y otras seis personas ha destapado vuestra red de información, sobre todo la que tu pasabas aprovechando tu puesto de trabajo como telefonista o tus viajes a otras ciudades. ¿Qué dices a todo ello?

Teresa se ha quedado muda; no puede ni afirmar ni negar lo que se le imputa. Pero una cosa le ha sorprendido de lo que ha oído: "una denuncia…" ¿Una denuncia… o un soplo? ¿Pero quién? ¿Aurora..?

Acabado el interrogatorio se reúne con las otras dos mujeres que también pasarán por el despacho. Casi dos horas espera sentada a que terminen con ellas. Cuando ya han declarado, unos guardias les ordenan que les sigan. Serán puestas a disposición del Tribunal de Urgencia. La causa se tramitará en arreglo al procedimiento sumarísimo que establece el Código de Justicia militar, en cumplimiento con lo que establece el artículo cuarto del decreto de 22 de junio sobre delitos de espionaje. Cuando el sumario toque a su fin, el Juzgado lo dará por concluido, pasando a la audiencia para su calificación.

De nuevo en el coche, teme que no las lleven a alguna cheka. Ha oído cosas espeluznantes sobre ellas. Pero no; las conducen a la prisión de mujeres en el barrio de las Corts, un antiguo colegio de monjas. Las meten en celdas separadas, a Teresa con otras tres mujeres con las que tendrá que compartir el reducido espacio ocupado además por los catres y un lavabo para asearse. Sus compañeras de celda le preguntan por el motivo de su encierro pero, sobre todo, por lo qué está pasando fuera y por si se ha traído comida.

De noche, cuando ya les han apagado las luces, Teresa todavía no acaba de creerse que pueda estar allí, que todo termine así, y lo fugaz que han sido estos últimos meses. ¡Pobres padres! Ellos que querían lo mejor para su hija y les ha salido una aventurera. Pero a veces las personas son víctimas de su destino. Y su destino está ahora tan raído como la manta maloliente que la ampara del frío del calabozo. A pesar de que está cansada no puede dormir y fija sus ojos en el ventano situado en lo alto, tras cuyo cristal unas rejas le recuerdan donde está. Es noche de luna llena; al menos su luz viajera le hará compañía en su oscura soledad.

Pasan las semanas en espera del juicio. La primavera hace su aparición. Sus tíos y primas, y su hermana pequeña que se ha trasladado a Barcelona desde Valencia, le traen paquetes con ropa y alimentos. A su tío le supo muy mal su detención pero también los motivos; ya sabía que Teresa simpatizaba con los *otros*, pero de eso a ayudarles activamente… Él simpatiza con los republicanos pero la quiere tanto, desde que era *xiqueta*, porque es tan cariñosa y generosa, que no ha dudado en ir a hablar, mejor dicho a pedirle clemencia, a la mismísima Pasionaria, acuartelada en un viejo palacio de la calle Portaferrissa, donde las lámparas arañas de sus salones planean sobre las cabezas de los camaradas republicanos.

–Compañeros, ahora no se puede tener compasión por nadie porque ellos no la han tenido –sentencia la líder obrerista.

Y es que el frente del Ebro se está desmoronando a favor de los rebeldes y los bombardeos sobre las ciudades son obsesivos.

Teresa tampoco se ayuda. En su declaración ante el Tribunal, y espoleada por su juventud, se jacta de sus simpatías por el bando nacional y de sus actividades, así que a ella y otros camaradas son sentenciados a muerte por espionaje y alta traición. Sus propias declaraciones y jactancia le traen la condena.

–Soy una mujer mala y no me hago con nadie –aduce para proteger a su familia en Barcelona.

Gente influyente del bando insurgente solicita a Negrín, primer ministro de la República española, el indulto de los condenados, incluso la posibilidad de un canje, pero no hay suerte. A finales de marzo, las sentencias de muerte acaban siendo aprobadas y confirmadas por el consejo de ministros.

Su familia está deshecha. Pero ella no desfallece; al contrario, le pide a su hermana que le traiga un vestido bonito "para cuando llegue el día".

Y el día llega. La muerte nunca se retrasa. En su nueva celda, la última, ahora en el castillo de Montjuïc, Teresa observa desde su catre los barridos de luz que provienen de algún faro y que penetran por el ventano, proyectándose en la pared, tan efímeros como la vida. Se oye ruido de pasos y de llaves que se detienen frente a su puerta. Un segundo de silencio seguido de un cerrojo que se abre. Penetran unos guardias con semblante serio, ceremonial. Le ordenan que se levante y les acompañe. Teresa obedece. Antes de dejarse esposar saca de uno de sus bolsillos el espejito de mano que se compró en una calle de Valencia, lo abre y se mira; se arregla el pelo mientras se dice un "adiós" por dentro.

Fuera, hace fresco. En los fosos de Santa Elena se van reuniendo los diversos protagonistas de esta tragicomedia de la vida que es la guerra, sobre todo si es fratricida: los condenados, el pelotón de ejecución, los testigos… Los otros condenados son los camaradas detenidos al mismo tiempo que ella; entre los cuales ve a Cielsa, las dos mujeres del piso, Marcos y su hermana Alicia… A quien no ve es a Margarita, qué extraño… ¡Marcos! Se envían una sonrisa… Qué lástima, hubiera podido ser todo tan

diferente si no los hubieran atrapado… Si sus destinos no se hubieran torcido en medio del vendaval de la guerra… Quizá habrían llegado a conocerse mejor, a amarse…

Un hilillo de amanecer lucha por ensancharse en el horizonte marino. Los facciosos son conducidos hasta unos postes donde son atados. Les colocan unas vendas en los ojos. Cuando van a ponérsela a Teresa, les dice:

–No es necesario. Sólo os pido que no me deis en la cara.

Ante todo su autoestima. No quiere que la muerte la desfigure. Ya lo habrá hecho con su vida.

Se dan las órdenes al pelotón. Un tenso silencio de unos segundos, una suave brisa. Suenan las descargas. En una fracción de tiempo, se siega una vida.

A lo lejos, sigue ensanchándose el amanecer. El faro continúa con sus barridos de luz, tan efímeros –pues– como la vida.